

Javier de Viana



Las Gentes del Abra Sucia

textos.info
biblioteca digital abierta

Las Gentes del Abra Sucia

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7606

Título: Las Gentes del Abra Sucia

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 26 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Las Gentes del Abra Sucia

A Félix Lima.

Cuando Delfina tenía quince años, era la morocha más agraciada del pago del «Abra Sucia»,—que tenía fama de ser un pago de chinas lindas, hasta el punto de que los mozos no trepidasen en galopar treinta leguas por concurrir á un baile en «Abra Sucia».

Hijas del amor, casi todas; producto de los fugitivos amores de un malevo escapado del bosque, con riesgo de la vida; flores silvestres, hurañas, con mucho de salvaje en la forma, en el color, en el perfume...

Sus rostros parecían hechos con corazones de ñandubay; sus cabellos tenían los reflejos negro azulados de las alas del urubú; sus ojos chispeaban como fogones; sus bocas atraían con la voluptuosidad de los gruesos labios encarnados, pero imponían con la doble fila de dientes menudos, parejos, afilados, amenazantes... En la altivez del rostro, en la gallarda solidez del cuerpo, en la rudeza provocativa de la mirada, en la elegancia de los gestos, había algo de la potranca arisca, criada á orillas del monte, siempre recelosa, siempre pronta á escapar buscando refugio en la intrincada maraña de los espinillales...

Eran todas lindas, las chicas del pago; pero Delfina descollaba entre todas. Su padre, un bandolero famoso, fué muerto á tiros por la policía, una noche en que dormía confiado en el rancho de su amada. Ésta, que no podía negar la raza, peleó á la par de su hombre, y sucumbió dos días después de resultas de las heridas recibidas.

Delfina fué recogida por don Saulo Manzanares, antiguo contrabandista y cuatrero, á quien se atribuían sinnúmero de crímenes, pero que había conseguido liquidar amigablemente sus pleitos con la justicia, había comprado un campito, y se había sosegado, llegando á ser el más rico y considerado estanciero del pago. Las malas lenguas murmuraban que muy rara vez carneaba una vaca de su marca ni una oveja de su señal...

pero deberían de ser calumnias... Desde hacía muchos años, la policía toda, empezando por el comisario, se sentía muy orgullosa de ser recibida y agasajada por don Saulo Manzanares...

Delfina contaba cinco años cuando fué recogida por el potentado del lugar, quien tenía un hijo único, Santos, muchachón que á los quince años, era ya la propia piel de Judas.

Hijo de tigre, overo ha de ser. Y aunque el padre se hubiese llamado á sosiego para disfrutar tranquilamente el producto de una vida deshonesto, no por ello habría de haber transmitido á la prole otra herencia que la de su verdadero acervo moral.

En el pago de la «Abra Sucia» sólo había bandidos. La honestidad era ave que nunca hizo nido en las almas de allí, fuesen masculinas ó femeninas.

La situación geográfica que incitaba al contrabando; la topografía del paraje, que se prestaba admirablemente para albergar bandoleros, burlando la persecución policial; la historia comarcana, rica en aventuras, en episodios bélicos, siempre terminados con el triunfo del malevaje, y agregado á esto la poderosa influencia de la sangre en varias generaciones de bandidos, mantenían, en hombres y mujeres, el tipo rudo, violento, todo pasión y todo instinto, audacia, aspereza y rebeldía...

Saulo, bandido inteligente, echó una raya—trazada con onzas de oro,—separando el pasado del presente y del futuro. Pero lo que no supo prever fué lo que habría de producir su estirpe, De semilla de cardo, cardo habría de nacer.

Todos los malos instintos, todas las perversiones brotaron lujuriosamente en el alma de su hijo Santos. Los lazos con que á menudo intentaba corregirlo, sólo sirvieron para avinagrar su alma perversa. Y cuando Saulo apareció una mañana, tendido á la entrada del Abra, muerto de un balazo en el corazón, todo el pago atribuyó el crimen al hijo...

El hijo tenía entonces veinte años y se convirtió en el más tiránico señor del pago.

Delfina fué una de sus víctimas. Delfina amaba á Panta, joven contrabandista, fuerte y bello, y guapo, y que á los veintidós años de edad contaba ya en su haber glorioso, cuatro muertes. Pero Santos decidió que

la china fuese suya, y lo consiguió á rigor.

Ella lo odiaba. Él le era continuamente infiel y la trataba con grosería brutal.

Panta y Delfina se encontraron una vez en el monte. Ella le contó sus cuitas. Él dijo:

—Si vos querés... Cortando el árbol se acabó la sombra...

—Sí vos te animás...

Y una noche, una noche de invierno, oscura, fría y lluviosa, Panta llegó á la estancia del viejo Saulo, pidiendo posada. Santos, medio borracho, lo hizo entrar, lo invitó á compartir su cena; luego á jugar al truco.

Delfina cebaba mate.

Santos, como de costumbre, «pasteleaba», arrastrando las onzas del forastero, que parecía no advertir la trampa, y con la alegría de su fácil ganancia, le pegaba sin cesar á la botella de caña.

—Bien dicen que tuitos los días nace un zonzo y que la cuestión es encontrarlo...

—Asina es—respondió el cuatrero sin incomodarse.

Y empezaron otra partida. Santos daba las cartas y «sacó del medio» con torpeza infantil. Su contrincante sonrió, miró sus naipes y jugó callado.

—¡Dos ríales envido, maula!—gritó el dueño de casa.

—¡Allá va la falta, guapo!—respondió Panta; y levanta adose rápidamente, le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

En ese momento entraba Delfina con el mate.

—¿Ya está?—preguntó tranquilamente.

—Ya está. ¿Lo dejamos aquí no más?

—Dejuro. No nos vamos incomodar cargando basura...

—¿Tenes pronto el atao de ropa?

—Pronto.

—Vamos pal monte.

—Vamos.

Y al poco salían, serenos, tranquilos, sin un remordimiento, en busca del espinillal, refugio seguro de todas las fieras.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.